



Alberto, claro y distinto

Nació en Lauingen, Suabia, del linaje de los Bollstat, pero bien pronto abandonó Alemania, para ir a estudiar artes en Padua. Allí ingresó en la orden de predicadores. Corría el año 1223. Enseñó teología en Colonia y se doctoró en París. Tuvo a Tomás de Aquino por discípulo y amigo y con él regresó a Colonia para establecer la casa de estudios dominicana. Fue provincial de Germania y obispo de Ratisbona. Desde el episcopado trabajó arduamente por la paz entre pueblos y ciudades. Recorría su diócesis como un pobre monje por lo que la gente dio en llamarle "el obispo de las alpargatas". De nuevo en París, en 1277, defendió las opiniones de Tomás, fallecido tres años antes, y lloró siempre al discípulo predilecto. Murió en Colonia en 1280. Su nombre: Alberto; su epíteto: Magno; su título: Doctor Universalis. Hoy, a pesar de los siete siglos que nos separan de él, su figura cobra redoblada vigencia.

En efecto, los biógrafos coinciden en afirmar que San Alberto Magno fue un hombre de amplios intereses y simpatías intelectuales. Así tuvo gran empeño por las ciencias físicas. Sus obras *De vegetalibus* y *De Animalibus*, presentan los resultados de sus propias observaciones, junto a las ideas de escritores anteriores. Sus especulaciones geográficas son, con frecuencia, muy sensatas: él por ejemplo, en oposición a la idea circulante en su tiempo de que la tierra al sur del ecuador era inhabitable, afirmaba que lo contrario era probablemente verdadero, aunque el frío de los polos pudiera ser tan excesivo que no permitiera la vida.

Alberto, además, dedicaba largas horas al laboratorio. Partiendo de la experimentación aspiraba a desentrañar el misterio de la generación de las rocas, del crecimiento de las plantas -de las que llegó a clasificar más de tres mil especies europeas-, o del vuelo de las aves.

Compuso paráfrasis o comentarios a muchas de las obras lógicas, físicas, metafísicas y éticas de Aristóteles, con afán de hacerlo inteligible a los latinos y distanciándose, a la vez, de sus planteamientos, con lo que deja translucir sus propias ideas.

Pero quizá lo más notable de la personalidad de Alberto Magno es la claridad de la distinción entre los métodos de las diversas ciencias que cultivó. En efecto, para sus obras físicas, botánicas, o geográficas, se movió en el rigor científico de su tiempo, basándose como decíamos en la propia experimentación e iluminándose con los avances de su época. Pero a la hora de emprender "segundas reflexiones" tenía perfectamente claro que el método filosófico y el método teológico eran distintos del método de las ciencias experimentales. Afinando más, distinguía entre la teología que toma por base los datos de la revelación y la filosofía en sus diversos campos, que es obra de la sola razón natural. Así, mientras ésta trata de Dios como primer Ser, la teología trata de Dios como conocido por la fe. Además, el filósofo opera bajo la influencia de la luz general de la razón, mientras que el teólogo opera a la luz sobrenatural de la fe mediante la cual recibe y escruta los dogmas revelados.

Es notable pues en Alberto por una parte su espíritu de curiosidad sensata y su confianza en la observación y el experimento que le diferencian de tantos escolásticos posteriores, y por otra parte la clarividencia de su discurso sobre Dios donde se subraya que trasciende todos nuestros conceptos y todos los nombres que predicamos de Él. Por todo ello, se puede afirmar que en Alberto no hay mezcla ni confusión entre natural y sobrenatural, ni en cuanto al método, ni en cuanto a las

conclusiones que, con rigor, se derivan de él: rehuye toda univocidad. Y son esta claridad y esta distinción las que sitúan al prestigioso maestro en un punto señero de la historia de la ciencia, de la filosofía y de la teología, y dotan a su figura de una pujante actualidad.

Es sabido que hoy (aunque no falten en su seno voces tentadas de mezclar confusamente lo sobrenatural y lo natural), la misma iglesia católica ha rectificado errores pretéritos a la hora de inmiscuirse desde el terreno teológico en el campo científico. ¿Tendrán también los científicos la humildad de aceptar los justos límites de la razón y de reconocer su propia contingencia máxime cuando la realidad es anterior a la razón? ¿Renunciarán a pretender dar, vanamente, explicaciones globales o últimas, desde sus métodos parciales y desde sus conclusiones siempre ancladas en la provisionalidad? Ojalá la figura del "Doctor Universal" sea ejemplo preclaro para unos y otros.

Jaume Aymar

Si utiliza este documento le pedimos incluya nuestra referencia de la siguiente forma:

Universitas Albertiana Interdisciplinar
www.albertiana.org

Documento publicado inicialmente en
© Revista RE Castellano.
Número VII, Septiembre 1988. ISSN: 1135-2698